APOCALYPSE NOW!

Zombis, plantas, crisis y otras formas de acabar con el mundo

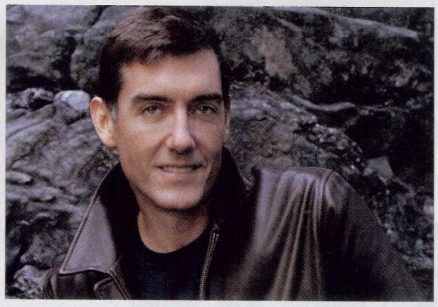
Mientras los muertos vivientes aparecían incluso debajo de las piedras, Marc Pastor presentó una Barcelona tomada por los ladrones de cuerpos, Daniel Suárez propuso drásticas soluciones cibernéticas para el desastre económico y Justin Cronin anticipó un futuro de enfermedades y seres tan mutantes como hambrientos. **texto MILO J. KRMPOTIC'**

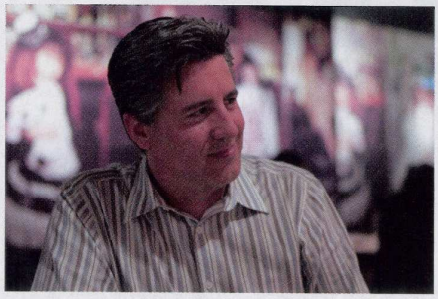
Ya sean los estudiantes franceses de 1968, los norteamericanos contrarios a la guerra de Vietnam durante los 1970, los mineros británicos de 1984 o los compradores compulsivos de toda nacionalidad durante las rebajas de cualquier temporada: la masa representa mucho menos que la suma de cada uno de sus miembros, tiene sus propias leyes, tiende a moverse lentamente pero, si te engulle, no habrá forma humana de que huyas de ella. Ahora, ya entrado el siglo XXI, la depresión económica ha vuelto a nuestras vidas y los disturbios se suceden en Atenas, Barcelona, Roma, Londres... ¿Tiene esto algo que ver con el nuevo auge del fenómeno zombi? Responder a tal cuestión quizá corresponda más bien a los profesionales de la Sociología. Mientras tanto, desde este anuario que resume las voces y tendencias literarias de 2010, no podemos dejar de observar el triunfo de la serie *The Walking Dead* en la pequeña pantalla (recordémosla fielmente basada en los cómics de Robert Kirkland y Tony Moore) y el modo en que los muertos vivientes han ido adueñándose, mordisco a mordisco, de las librerías.

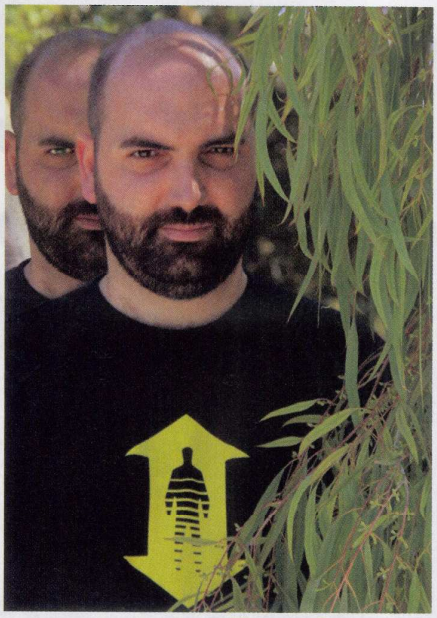
En España, la cosa fue cobrando cuerpo(s) gracias a Manuel Loureiro, abogado pontevedrés cuyo popular blog de zombis se transformó en 2007 en *Apocalipsis Z* (Dolmen) y, recientemente, en su secuela, *Los días oscuros* (Plaza & Janés). Y es precisamente la editorial del primer título, Dolmen, la que con su Línea Z se ha convertido en principal referente de los cadáveres tumefactos pero hambrientos en nuestro país. Allí encontramos, sin ir más lejos, a ese quinteto de la muerte que integran Carlos Sisí (*Los caminantes, Necrópolis*), Juan de Dios Garduño (*Y pese a todo...*), Sergi Llauger (*Diario de un zombi*), Vicente García (*Apocalipsis Island,* pues el brote tiene lugar en Mallorca) y Hazael G. (autor de un *Quijote Z* que toma el relevo patrio de esa revisión de clásicos en clave Z que

la temporada anterior inauguró el *Orgullo y prejuicio y zombis* de Seth Grahame-Smith, en Umbriel, terreno en el que tampoco podemos olvidar *Lazarillo Z. Matar zombis nunca fue pan comido,* de un tal Lázaro González-Perez de Tormes, en DeBolsillo). Y, sin cambiar de geografía pero sí de sello, recordar que Almuzara ha sido también escenario de *La Guerra de la Doble Muerte* del malacitano Alejandro Castroguer.

Pero se trata, claro está, de una epidemia con focos infecciosos a lo largo y ancho del globo. De nuevo en Almuzara, Max Brooks nos contó todo sobre la batalla contra las hordas de difuntos en *Guerra Mundial Z.* Jonathan Maberry, autor que luce dos premios Bram Stoker entre sus galones, nos reveló (uno de) los posibles orígenes del asunto en *Paciente cero* (La Factoría de Ideas), donde el desencadenante de la plaga se encuentra en el terrorismo biológico y las esperanzas de la humanidad se hallan depositadas en el agente Joe Ledger. Y John Ajvide Lindqvist, autor de esa revisión del mito vampírico que fue la impactante *Déjame entrar,* se volvió a llevar la pelota a su terreno con la terriblemente hermosa *Descansa en paz* (Espasa), peripecia de un hombre separado de su familia en una Estocolmo de electrizante pesadilla.







Justin Cronin, Daniel Suárez y, a la derecha, Marc Pastor, tres de los jinetes de este Apocalipsis.

Adiós con olor a eucalipto

Es otro simbolismo, propio de esta globalización que nos permite consumir el mismo frapuccino de Starbucks junto a la Gran Muralla china y bajo el obelisco de la Nueve de Julio bonaerense, que cada vez lleva a más y más gente a vestir igual, pensar igual, actuar igual... En su tercera novela, *El año de la plaga* (RBA / La Magrana), Marc Pastor ha convertido esa homogeneización en una conspiración vegetal en toda regla. ¿Recuerdan *La invasión de los ladrones de cuerpos,* novela de Jack Finney e inmediato film de Don Siegel que retrataron las paranoias de infiltración comunista propias de mediados de los años 1950 en Estados Unidos? Pues Pastor, que por cierto trabaja para la policía científica de Barcelona, ha partido de la secuela de aquel film (Philip Kaufman, 1978, Donald Sutherland contra el mundo) para, mezclándola con la obsesión por la referencia pop de *Alta fidelidad* (negro sobre blanco a cargo de Nick Hornby, traslación al celuloide por parte de Stephen Frears, John Cusack dejándose las neuronas en la elaboración de listas musicales mientras su novia decide si le quiere o no), facturar uno de los *thrillers* más entretenidos, angustiosos y entrañables de la temporada. Víctor Negro, su protagonista, es un trabajador social que, durante un verano especialmente ardiente y pegajoso en la Ciudad Condal, intenta escapar a: 1) el recuerdo de su ex pareja; 2) una migraña galopante; y 3) a medida que más personas de su entorno comienzan a comportarse de forma extraña tras haber recibido un eucalipto bonsái como regalo, la sospecha de que las citadas plantas están asesinando a sus dueños, haciendo copias de ellos (perfeccionadas en lo físico pero bastante autistas en lo emocional, algo tirando a lógico al tratarse de vegetales) y, mientras se apropian de las esferas políticas y policiales del mundo mundial, confinando y eliminando a los elementos marginales que encuentran a su paso. Pero no cuentan, claro está, con ese depósito extra de voluntad que significa el orgullo friki.

De Internet al desastre

Estamos en crisis, ¿lo hemos dicho ya? Económica, social, muchos dirán que incluso espiritualmente. Toda vez aceptada la situación, la pregunta del millón reza: ¿es éste un pequeño bache en la autopista del capitalismo occidental o hemos entrado en el camino de cabras que marca el principio del fin? Caso de tratarse de la segunda opción, a fin de evitarnos una decadencia tan larga y amarga como la del imperio romano, el millonario diseñador de videojuegos Matthew Sobol ha decidido darnos el empujoncito definitivo que nos aboque abismo abajo (pero, mientras forcejeábamos al borde del precipicio, nos habrá introducido en el bolsillo una carta explicando

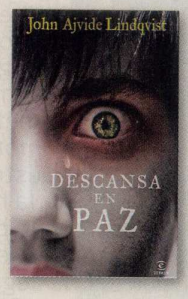
cómo proceder a la refundación). Sucede en el *cyberthriller Daemon* de Daniel Suárez, un tipo que debe saber lo que se dice, habida cuenta su experiencia como diseñador de software para las industrias norteamericanas del armamento, las finanzas y el entretenimiento: afectado por un tumor cerebral, Sobol orquesta que la noticia de su muerte en Internet ponga en marcha una cadena de daemons (pequeños programas informáticos que desde una posición secundaria, invisible por tanto para el usuario, se encargan de las más diversas operaciones, desde el simple envío de un correo hasta las mucho más sensibles transacciones bancarias) con efectos tan criminales como insospechados. Así, cuando se hace cargo de la investigación por el asesinato de dos programadores informáticos, el detective Peter Sebeck descubre que las cosas van mucho más allá de una simple *vendetta*. Su principal sospechoso está muerto y, al aparecer su nombre ligado al caso en las noticias cibernéticas, él mismo se ha situado en la primera línea de fuego para unos daemons cuya capacidad de mutación y actuación bien podría valerles el adjetivo de inteligentes. A todo esto cabe añadir que, en la inminente secuela de la obra, *Freedom TM*, la actividad de los daemons cuenta ya con un elemento humano, una red rebelde dotada de la más avanzada tecnología y dispuesta, guerra civil mediante, a descabezar al gobierno de las barras y estrellas por sus lazos con los bancos y corporaciones que nos han conducido al desastre.

Las opciones son varias: muertos vivientes, plantas ladronas de cuerpos, crisis cibernéticas...

La huérfana y el virus

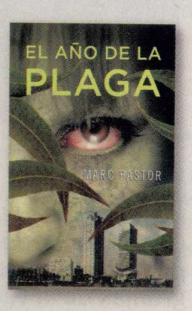
Y a la refundación precisamente están dedicadas gran parte de las ochocientas páginas de *El pasaje* (Umbriel), primera parte de una trilogía firmada por Justin Cronin que, en cuanto encuentro de todas las posibilidades apocalípticas presentadas hasta ahora (y recuperación, además, de esa tendencia de las últimas tres o cuatro temporadas que es la literatura vampírica), bien merece figurar como guinda de este perturbador pastel. Recibida con el despliegue publicitario que merecen las grandes producciones en la última Book Expo America, *El pasaje* es bastante más que el *best seller* fantástico del momento. Por de pronto, en 2007, tres años antes de que el libro estuviera acabado, la productora de Ridley Scott ya se lanzó a desembolsar 1.330.000 euros por sus derechos cinematográficos (los literarios se habían cotizado a 2.850.000 euros). Y no fue ajena a tal anticipación la hoja de servicios de Cronin, un autor de los considerados serios que había obtenido con sus dos primeras obras premios de la categoría del PEN/Hemingway o el Stephen Crane. Así, siguiendo los pasos del mejor y más desatado Stephen King (palabras mayores), Cronin nos cuenta la historia de Amy Harper Bellafonte, una niña huérfana que en 2018 es secuestrada por el ejército para que participe de unos experimentos biológicos a vueltas con las fiebres hemorrágicas provocadas por una especie de murciélago propia de la jungla boliviana. Cerca de un siglo más tarde, en unos Estados Unidos arrasados por la enfermedad y alguna que otra bomba atómica, donde los supervivientes son perseguidos y asesinados por una raza mutante sedienta de sangre y alérgica a la luz solar, la ahora adolescente Amy se planta frente a los muros de una de las colonias humanas que resisten. Y, lo crean o no, ése sólo es el principio. ■

Quijote Z
Hazael G.
Dolmen
342 págs. 17,95 €.

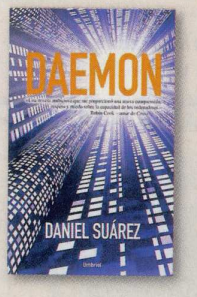


Descansa en paz
J. Ajvide Lindqvist
Espasa
300 págs. 19,90 €.

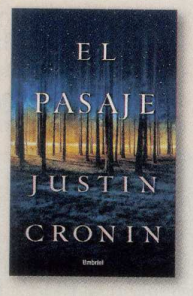
Paciente cero
Jonathan Maberry
La Factoría de Ideas
384 págs. 19,95 €.



El año de la plaga
Marc Pastor
RBA / La Magrana
384 págs. 19 €.



Daemon
Daniel Suárez
Umbriel
544 págs. 20 €.



El pasaje
Justin Cronin
Umbriel
1.088 págs. 24,50 €.